

# CENTRAL DE TRABAJADORES SALVADOREÑOS

## Comité ejecutivo

Después de haber sufrido por más de 6 largos años las graves consecuencias de la guerra fratricida, es evidente que uno de los más grandes anhelos del pueblo salvadoreño es la recuperación de la paz; pero una paz con justicia y libertad, con un ambiente realmente democrático.

La situación de guerra que estamos viviendo, es indudable que constituye una tragedia nacional, particularmente para la clase trabajadora que hoy en mayor grado que en las décadas pasadas, sufre las peores injusticias.

Sabemos que la guerra tiene su origen en las injusticias sociales, en las injusticias económicas y en la falta de respeto a la libertad ideológica que debe existir en todo país civilizado y con gobiernos-democráticos, tal como se han autodenominado los nuestros. Y ahora, los mismos sectores que han ejercido el poder económico y político y que son los responsables directos de las injusticias cometidas durante nuestra historia, quieren cometer nuevas injusticias al obligarnos a que paguemos el costo de la guerra que ellos han provocado; quieren que la clase trabajadora y marginada pague su propia destrucción, es decir, su muerte por balas, por bombas, por hambre y por falta de servicios médicos y hospitalarios.

De acuerdo a estadísticas oficiales, en el mes de marzo de 1985, la población desplazada en el

interior del país ascendía a 467.000 personas; la población que había perdido su empleo era de 225.000 y las escuelas abandonadas eran 1.000.

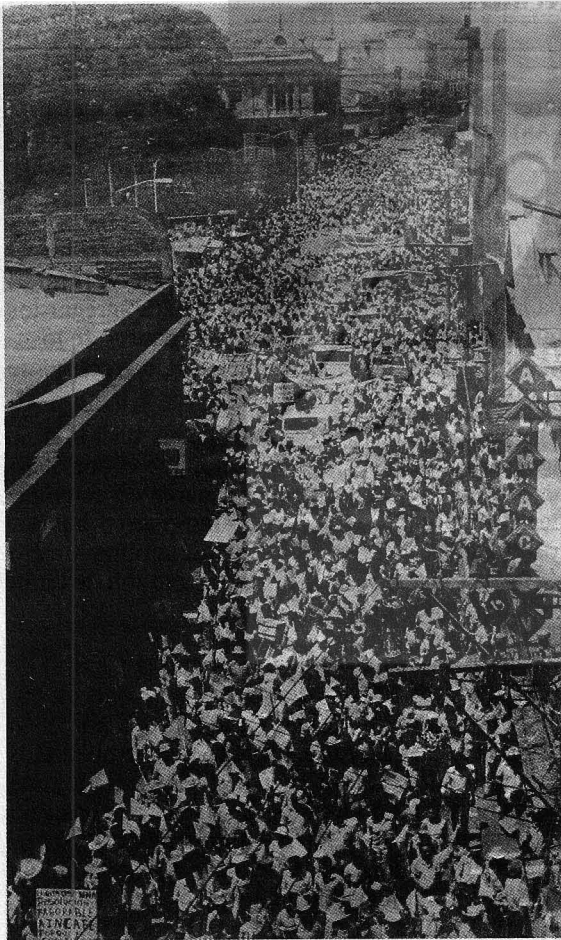
Por otra parte, en fecha reciente el señor Ministro de Salud Pública y Asistencia Social informó que un 75 por ciento de la población infantil padece de desnutricción. A esto falta agregar los millares de niños huérfanos y centenares de jóvenes inválidos que está produciendo directamente la guerra.

Es evidente que esta tragedia nacional se agravará a medida que se prolongue el conflicto armado. Millares de jóvenes mueren en actividades propiamente bélicas, de uno y otro bando, los cuales coinciden en decir que ambos luchan en favor del pueblo, no obstante que sólo le están causando destrucción y muerte.

Por tales circunstancias es que la Central de Trabajadores Salvadoreños sostiene que es absurdo y totalmente injusto que tanto el gobierno como el sector alzado en armas estén empeñados en continuar con una guerra, en la cual ninguna de las partes ha podido lograr vencer a la otra, no obstante haber luchado durante más de 6 años y, que podrían pelear durante otros 6 años más, sin que la situación se defina en favor de una de las partes. Esto es así por que potencias hegemóni-

cas internacionales alimentan la guerra que estamos sufriendo para su propio beneficio.

Si las partes en conflicto realmente se interesan por el bienestar del pueblo, lo que deben hacer es abandonar la confrontación armada y optar por la vía de la razón, es decir, que deben sentarse a dialogar, pero en una forma franca, sincera y con la sana intención de propiciar al pueblo la paz que les está exigiendo con toda razón y derecho. Es necesario que tanto el gobierno como el FMLN y el FDR reconozcan que los intereses y derechos del pueblo deben anteponerse ante cualquier interés de orden social, económico o político de algunos grupos minoritarios. En consecuencia, no importa que para lograr la paz sea necesario obviar los preceptos de alguna ley, ya sea primaria o secundaria, y sacrificar intereses de tipo personalista. En cuanto a las leyes, es lógico que si no se adaptan a las necesidades so-



ciales, deben ser reformadas o derogadas. Se entiende que las leyes las hace el hombre para su beneficio y, por lo tanto, el hombre está sobre las leyes y no las leyes sobre el hombre.

Precisamente por el hecho de que el hombre está sobre las leyes y no a la inversa, la Central de Trabajadores Salvadoreños, está totalmente de acuerdo con el criterio de la Iglesia católica, según lo expuesto por Monseñor Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de la arquidiócesis de San Salvador y corroborado por Monseñor Arturo Rivera Damas, arzobispo de San Salvador, en el sentido de que la constitución de la república no debe ser obstáculo para el logro de la paz.

La Central de Trabajadores Salvadoreños está consciente de que la próxima tercera ronda de diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR, no traerá por sí misma la paz al pueblo salvadoreño, pero considera que sí puede significar la puerta para entrar al proceso de la pacificación, el cual debe desarrollarse de cara al pueblo y con la participación directa de los sectores populares.

La fase final del proceso de pacificación podría ser un plebiscito, a efecto de que el soberano pueblo les manifieste a las partes beligerantes, qué es lo que debe hacer en aras de la paz, la justicia, la libertad y la democracia a que el mismo pueblo tiene legítimo derecho.

Para garantizar la pureza del plebiscito, el gobierno y el FMLN-FDR de común acuerdo, deben tomar las medidas necesarias, inclusive procurar la presencia de representantes de organismos internacionales defensores de los sistemas democráticos. Además, a fin de asegurar que no se alteren los resultados, para el escrutinio no deben utilizarse las computadoras que tiene el Consejo Central de Elecciones.

Como una muestra de la voluntad política, tanto por parte del gobierno como del FMLN-FDR, para entrar al proceso de pacificación, desde ya deberían haber acordado una tregua por tiempo indefinido, en vez de arrear los combates, tal como lo están haciendo, precisamente en los alrededores de Sesori, donde supuestamente se llevará a cabo el tercer diálogo. Con tal actitud se provoca desconfianza y pesimismo en el pueblo, con respecto a la sinceridad y sanos propósitos que animan a las partes. Debe entenderse que la tregua no será aprovechada por ninguna de las partes para fortalecer su capacidad bélica.

Finalmente, queremos señalar, que para lograr la pacificación en nuestro país es de vital importancia e indispensable, que los diferentes sectores sociales, y en particular la clase trabajadora, se pronuncien y exijan con verdadera uni-

dad, la erradicación de la guerra y la ejecución del proceso que asegure la paz y una democracia real y permanente; así podremos vivir en un ambiente propio de un pueblo civilizado.

Sólo el pueblo salva al pueblo.

